

SOGAS

Cuarenta años después de su primer cumpleaños y a la misma hora que figuraba en su partida de nacimiento, Carolina se despertó desconcertada.

Seguro que fue una pesadilla -se dijo- recordando que, como siempre le repetía su madre “a vos te pueden llevar con la cama y todo, y no te enterarías”.

Al darse vuelta para tratar de dormir nuevamente, ya que siempre había considerado impúdico estar despierta a las cinco de la mañana, chocó con una pierna y los ronquidos de Leandro.

Intentó contar ovejas o abejas, pero no pasó nada, sus ojos y su cabeza insistían en permanecer abiertamente inquietos mientras la voz de la protagonista de la película que había visto el sábado anterior: “me da terror que la vida no tenga sentido”, martillaba sus oídos.

Carolina estaba ocupada en la lucha por espantar lo que no quería pensar, pero un sonido de vidrios rotos la sobresaltó.

Leandro se despertó, se miraron en silencio y ella tuvo la certeza de que estaban pensando lo mismo; veinte años de casados produce ese efecto, entre otros.

Se levantaron y, apenas habían caminado unos metros por el pasillo frente al dormitorio, cuando dos hombres con las caras desfiguradas por medias de nylon, les apuntaron y los amordazaron.

Finalmente los dejaron solos encerrados en el baño y Leandro comenzó a forcejear tratando de liberarse de la soga que ataba las manos de ambos; mientras que Carolina rogaba que el tiempo se detuviera en ese instante; sabía que, solamente hasta entonces, todo había sido perfecto.